

EL HOMBRE EN EL PAISAJE

por JOSÉ SANCHO COMÍNS
Universidad de Alcalá

Introducción

En una reciente entrevista le preguntaban al pintor Antoni Tàpies: «¿Qué consejo le daría Vd a un joven artista? Lo primero de todo —contestó— que se forme como persona, que intente de la mejor manera posible ser un buen ejemplar humano». Creo que no hace falta insistir sobre lo atinado de la respuesta. Como más adelante se verá, sintoniza plenamente con el hilo argumental de nuestra reflexión.

Como geógrafo me corresponde estudiar el paisaje y, obviamente, al hombre en la entraña misma del paisaje. Éste es el objetivo perenne de la ciencia geográfica. Como tal ha tenido, no obstante, momentos de mayor vigencia frente a tiempos de aparente olvido. Le ha ocurrido algo así como a los tradicionales ciclos de aprovechamiento agrícola del suelo, que veían sucederse cosechas y barbechos. Sabias costumbres les imprimieron ritmos en plena sintonía con la potencialidad agroedáfica y la propia disponibilidad técnica; el sistema agrario imperante hasta mediados de la presente centuria en nuestros secanos cerealistas tenía una explicación: el descanso de la tierra se hacía necesario para vigorizar las cosechas. No podemos extrañarnos, pues, que, ocasionalmente, se perdiera el horizonte del quehacer geográfico; nuestra labor parecía diluirse en infinidad de parcelas, algunas extremadamente específicas; llegamos a abandonar lo nuclear de nuestra ciencia; el paisaje descansó del acoso científico, al mismo tiempo que, en el silencio, acumulaba esa irresistible fuerza que hoy le hace enormemente atractivo.

Pero, ¿qué es el paisaje? Adelantemos, por el momento, que el paisaje es un bien cultural y tiene un gran valor docente para la educación de la persona. No hace mucho escribí al respecto: «Hoy tiene gran actualidad todo lo concerniente a la consideración del paisaje como libro abierto donde escolares, investigadores y público en general puedan leer despacio su propia historia y el riquísimo entramado de relaciones entre el mundo físico y el hombre. Descubrir sobre el terreno la génesis de esas piezas que lo conforman, las fuerzas naturales que a lo largo del tiempo geológico concentraron su actividad en el mismo, las decisiones y acciones de los grupos humanos, es un ejercicio enormemente enriquecedor. En el paisaje conocemos mejor la identidad de un pueblo, echamos raíces profundas y se reafirma la personalidad de aquellos hombres que lo viven» (Sancho Comíns, 1991).

El paisaje, por lo tanto, es un recurso eminentemente humanístico que debe ser tenido en cuenta para esa «formación completa de la persona» cuyo interés nos concita. En concreto, a los geógrafos, ¿qué se nos debe exigir al respecto?, ¿qué podemos conseguir? A modo de síntesis de lo que más adelante voy a desarrollar me atrevo a consignar lo siguiente: 1) El estudio del paisaje suministra ideas básicas o claves de interpretación adecuada de la realidad del mundo actual; 2) A nivel personal, quien ejercite el diálogo con el paisaje despierta su capacidad crítica, aprende a preguntar y, consecuentemente, crece en su afán por conocer la verdad de las cosas; 3) El paisaje tiene un fuerte componente visual; ello le hace especialmente susceptible de ser contemplado por los ojos y el espíritu; es una manifestación de pobreza humana la insensibilidad ante el paisaje; apreciar su valor estético o reaccionar ante las agresiones que pueda sufrir es propio de una mente educada en la contemplación, aspecto que el geógrafo siempre debe plantearse como objetivo; 4) El paisaje es un hecho que entraña gran complejidad; podríamos decir que en él se vive a fondo la relación, la interdependencia; lo singular adquiere sentido en cuanto es elemento de relación; por eso, estimo que quien sabe leer el paisaje difícilmente puede ser insolidario; sabe muy bien que sus decisiones sobre el medio —el hábitat diría un geógrafo clásico— en el que vive no son nunca ajenas al mismo, siempre repercuten en impactos positivos o negativos; una conducta más responsable cabe esperar de quien ha adquirido esa perspectiva geográfica —lectora del paisaje.

1. El profesor de Geografía estudia y enseña el paisaje

Volvamos a la pregunta clave que antes nos hacíamos: ¿qué es el paisaje?; ¿qué elementos lo constituyen?; en suma, ¿en qué consiste su

estudio? Una somera consideración etimológica nos desvela que ya en su origen la palabra *paisaje* hace relación a hombre. En efecto, un paisaje no sólo es una porción de territorio —acepción puramente espacial—, sino aquel pedazo de tierra —*pagus*— organizado por un grupo humano, los campesinos o *pagensis* (Corominas, J., 1974). La palabra «pays» francesa quizás guarde todavía hoy esa resonancia primitiva al tener, entre sus acepciones, un significado parecido a lo que nosotros entendemos por *comarca*: un espacio en el que el hombre, dados unos determinados factores físicos, aplica decisiones en consonancia con ellos y dibuja, consiguientemente, un entramado de formas coherentemente trabadas, en suma, un paisaje. En nuestra lengua la palabra *pago*, de matiz arcaico y uso poco frecuente, es el equivalente. Nadie pondrá en duda la personalidad de las comarcas de nuestra Comunidad Autónoma de Madrid, por ejemplo: Vegas, Campiña, Pie de monte y Sierra tienen perfiles bien distintos, como distintos son sus pobladores; un paisaje, al fin, le es propio a cada una, marcándose nítidas diferencias entre ellas.

Acabamos de emplear vocablos tales como *dibuja, forma, perfiles*. En este sentido cabe decir que el paisaje viene representado a través de una imagen, es decir, del conjunto de formas, volúmenes, hitos dominantes, texturas y colores. El paisaje es, en este sentido, un hecho morfológico susceptible de ser descompuesto, disectado para su análisis. Es entonces cuando hace su entrada la descripción. Conocer implica describir. Describir supone organizar, jerarquizar, adecuar un léxico correcto, ser precisos, exactos, y concisos casi siempre. Creo que se puede aplicar a la descripción paisajística aquella reflexión que Italo Calvino hiciera ante la poesía o la prosa «El logró está -decía- en la felicidad de la expresión verbal, que en algunos casos podrá realizarse en fulguraciones repentinas, pero que por lo general quiere decir una paciente búsqueda de la palabra justa, la frase en la que cada palabra es insustituible, del ensamblaje de sonidos y de conceptos más eficaz y denso de significado» (Calvino, I., 1992). No resulta vano, pues, que nosotros como profesores detengamos nuestra atención en esta faceta, la educación en el buen decir.

Sólo así lo aparente nos podrá llevar a lo fundamental, a la razón de ser de aquellas formas, de aquel dibujo. Fuerzas interiores las llamó Humboldt. Relaciones estrechas que traban fuertemente los elementos hasta constituir, de hecho, un cuerpo animado; en él son inseparables la energía procedente de la acción humana y la propia del medio natural que en continuo movimiento dan vida al paisaje. Después, Carl Troll dará un paso más al integrar en el concepto de paisaje cultural las acepciones «natural» y «humano». No hay contraposición posible entre la naturaleza y el hombre, sino más bien todo lo contrario. Los

seguidores de esta tendencia ecológica ponen especial énfasis en descifrar las relaciones entre seres vivos y su medio; éste, desde una perspectiva antrópica incluye tanto los resortes puramente físicos, como las modificaciones formales introducidas por la acción humana y la existencia de una realidad social, cultural, económica, etc. En resumen, las más modernas orientaciones afianzan la conceptualización sistemática del paisaje: éste, en su origen, es expresión de un complejo natural que el hombre alteró, creando una nueva dinámica, regresiva o de mantenimiento, que puede abocar, ocasionalmente, a situaciones de deterioro irreversible. El profesor Bertrand sintetiza en la definición que sigue su concepto de paisaje: «Es una porción de espacio caracterizado por un tipo de combinación dinámica, y por consiguiente inestable, de elementos geográficos diferenciados —físicos, biológicos y antrópicos— que, al actuar dialécticamente unos sobre otros, hacen del paisaje un conjunto geográfico indisociable que evoluciona en bloque, tanto bajo el efecto de las interacciones entre los elementos que lo constituyen, como bajo el efecto de la dinámica propia de cada uno de los elementos considerados separadamente» (Bertrand, G., 1979).

Tanto la lectura morfológica como la funcional implican un tercer elemento: el sujeto capaz de llevarla a cabo. El paisaje, en definitiva, es percibido por el hombre; este lo interioriza, lo hace suyo, lo vive. Podríamos preguntarnos si la percepción puede llegar a modificar sustancialmente el paisaje objetivo y recrear uno nuevo en la mente de quien lo contempla. Llevadas las cosas a extremo hay quien piensa que esta segunda faceta es la realmente interesante; el valor subjetivo adquiere primacia y el paisaje se resume, al fin, en una experiencia sensorial y filtrada por los canales psicológicos de cada observador. Tan importante o más que la propia realidad exterior, a la que, como apuntamos anteriormente, el hombre se une íntimamente, es el contexto personal y sociocultural en que es vivida esa realidad. El paisaje se conoce, en verdad, cuando se conoce el hombre que lo vive.

Sea, pues, desde una perspectiva más objetivadora —morfológica o funcional— o bien desde las corrientes perceptivistas, el punto de encuentro siempre es el paisaje y en éste el descubrimiento de lo que el profesor Manuel de Terán denominó trabazón. Más aún, este mismo autor llegó a decir: «Lo real en la superficie de la tierra no es la forma del relieve, las características climáticas que en ella actúan, su revestimiento vegetal y todo aquello que el afán y trabajo del hombre añade, lo real es su trabazón» (Terán, M. de, 1967).

Algo permanente parece subyacer a los avatares de los últimos decenios. Los conceptos, sin duda, se han enriquecido con la aportación de reflexiones realizadas desde ciencias afines y, sobre todo, el

estudio del paisaje cuenta hoy con la ayuda de medios técnicos capaces de aligerar la tarea analítica, suministrar nuevos datos y facilitar la expresión de resultados. Preguntémosnos, ahora, por la actualidad de los estudios paisajísticos: ¿Por qué en la sociedad se ha despertado, de repente, un inusitado interés por el paisaje?; ¿Cómo se explica que las instituciones políticas apuesten decididamente por reivindicar la protección del paisaje?; ¿Existe parangón con esta realidad en los objetivos docentes de los distintos niveles de enseñanza?

Contestar a esas preguntas no resulta fácil. Una primera aproximación, necesariamente superficial, nos llevaría a decir que se ha producido una identificación entre «paisaje» y «naturaleza». Los habitantes de países industrializados, sobre todo, alejados hoy de un «hábitat natural» y concentrados, la mayor parte, en núcleos urbanos, anhelan aquel medio agreste donde las fuerzas de la naturaleza ostentan todavía un protagonismo. El paisaje es considerado, entonces, como un «recurso natural». Esto supone restringir el concepto original y, en cierto modo, considerar al hombre como un agente que destruyó aquel paisaje ahora buscado. Habrá que tomar atención para que la expresión «conservar el paisaje» no se vuelva, en cierto modo, sinónima de «evitar la acción humana sobre el mismo». Hace casi un decenio la Comisión de la UE decía al respecto: «La necesidad de mantener un tejido social en las regiones rurales, de conservar el medio natural y salvaguardar el paisaje creado a lo largo de dos mil años de agricultura, son motivos determinantes en la elección que la sociedad hace por una Europa Verde que, al mismo tiempo que protege el empleo en la agricultura, sirve los intereses a largo plazo de todos los ciudadanos europeos» (Comisión de la UE, 1985). En posteriores informes la Comisión de la UE manifiesta un creciente interés al respecto. Merece la pena destacar que en las palabras de la propia Comisión de la UE junto al «medio ambiente natural» se considera el «paisaje creado a lo largo de dos milenios de agricultura». Ambas cosas son importantes. La sociedad las tiene en cuenta. A los ámbitos más «naturales» se les consigna una función nueva al quedar integrados en macroáreas muy humanizadas; su valor ecológico, científico, docente, estético y hasta «cultural», en cuanto objeto de percepción y disfrute por el gran público, toma relevancia en el seno de una sociedad urbanizada. Los amplios espacios agrarios atesoran una lectura histórica; son manifestación del pasado humano —político, social, económico y técnico— y fiel síntesis del presente; a su valor estético y científico se le une la fuerte carga humana que, de modo evidente, rezuma por todas partes. Esta opción política, que parte de la Comisión de la UE, como todas las iniciativas sociales y personales que se arrum-

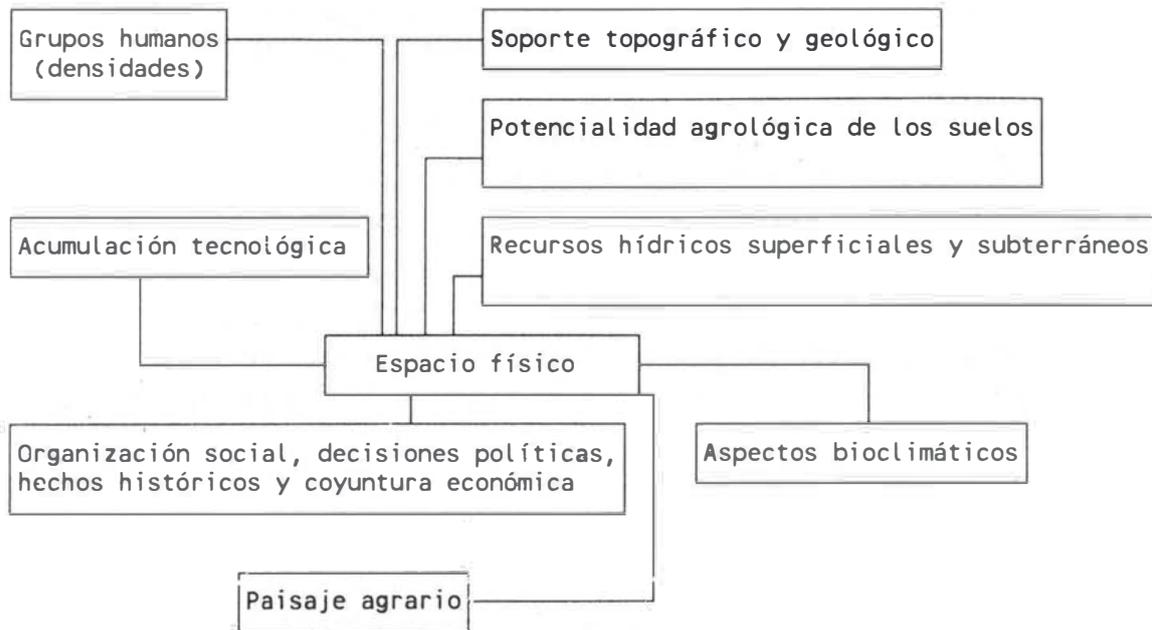
ban en la dirección señalada, han supuesto un paso de enorme trascendencia; parece como si, de golpe, aquella vieja preocupación científica — el conocimiento y comprensión del paisaje— se hubiera trasladado al conjunto de la sociedad; ésta ha adquirido conciencia del entorno, no permanece pasiva, dicho en términos más técnicos, ante el cambio morfológico y funcional de ese rico mosaico paisajístico que cubre la superficie de la tierra.

II. *¿Cómo se estudia el paisaje?*

Una vez ha quedado fijado el núcleo fundamental de interés en el estudio del paisaje, y referida la actual preocupación -política y social- por su conocimiento, cabe preguntarse por los medios con que cuenta el hombre para llevar a cabo la aprehensión deseada. ¿Qué pasos suele dar el investigador y, por ende, profesores y alumnos?, ¿qué fuentes de información espacial están a su alcance?, ¿qué medios técnicos están a su disposición?

Antes de exponer, con cierto detalle, alguno de los métodos empleados, merece la pena apuntar una idea básica. Cualquiera técnica empleada, cualquiera que fuera el volumen y tipo de datos utilizados, tendrán como objetivo conocer y dar a conocer el paisaje. Esto quiere decir que el objetivo final no puede ser suplantado por el efímero resplandor de un medio; dicho de otra manera, que las herramientas no ahoguen el sentido auténtico de su utilización. Por otra parte, la comprensión global de un paisaje difícilmente derivará de la suma inconexa de análisis parciales de algunos aspectos morfológicos o funcionales del mismo; cualquier «descenso» a un conocimiento parcial sólo tiene sentido dentro de un marco más amplio que tenga por horizonte lo nuclear del paisaje su «trabazón» como antes se ha dicho.

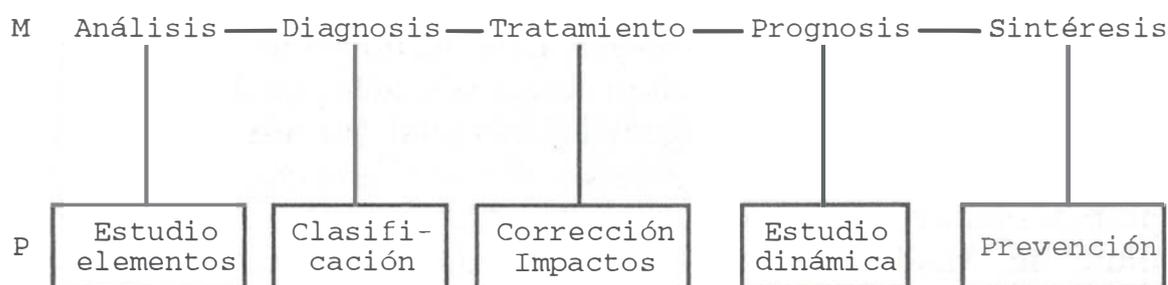
Les propongo un ejercicio. Acompañenme en mi reflexión metodológica de acercamiento al paisaje. Creo que a lo largo del itinerario podrán descubrir conmigo la bondad del procedimiento en cuanto pueda ser utilizado en el plan formador de la persona. El ejemplo elegido hace referencia al paisaje rural en cuya creación han intervenido una serie de fuerzas que hemos sintetizado en el ideograma siguiente:



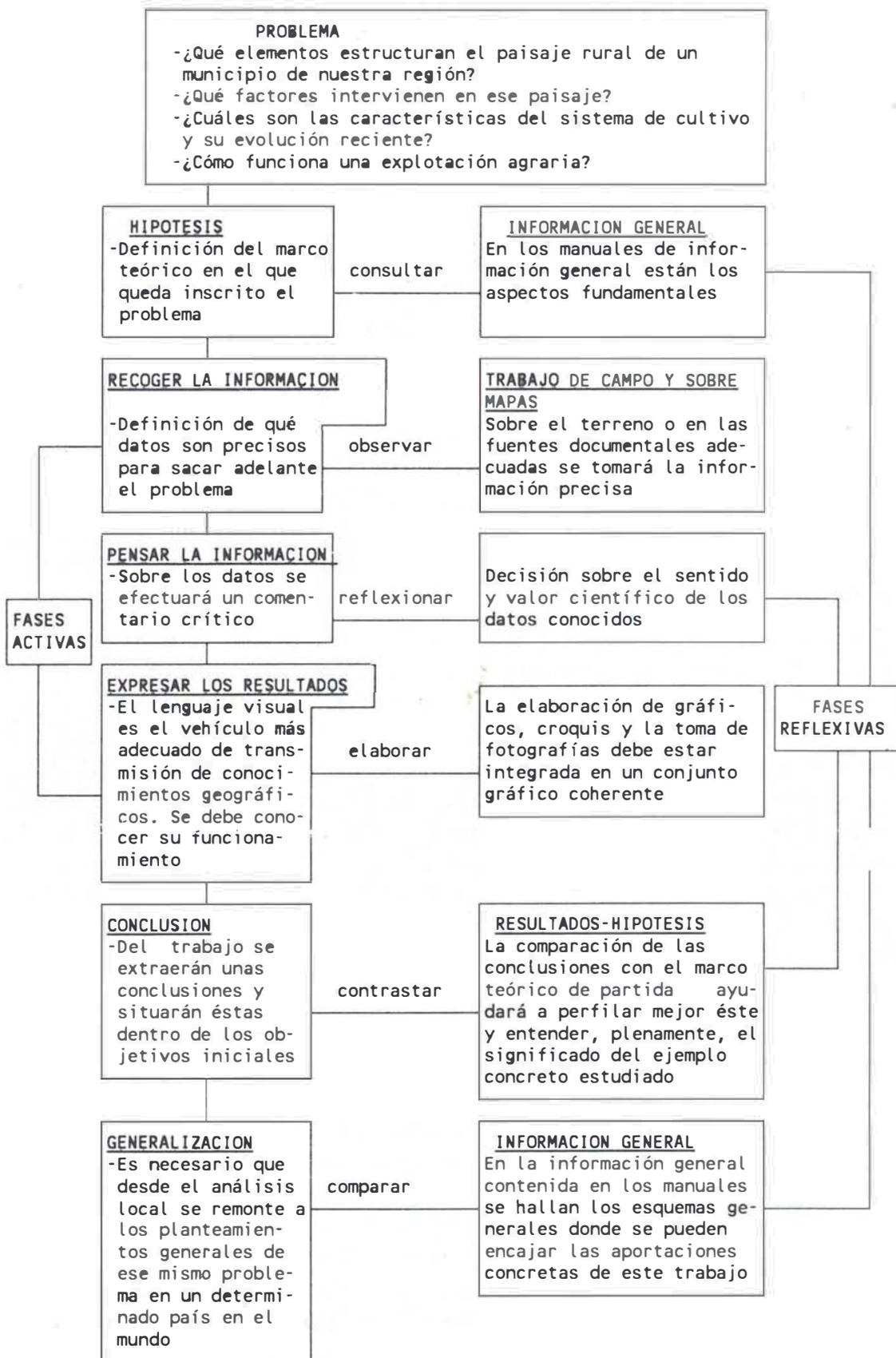
Cada grupo de hombres colonizó, normalmente, un espacio bien definido. En términos actuales, y para el caso de España, vendría a identificarse con el municipio. En su interior, por lo general, concurren circunstancias muy heterogéneas que repercuten en una diversidad de zonas agrológicas o terrazgos. Este hecho lo conoció el hombre de manera empírica, atribuyendo funciones diversas a cada una de esas piezas. Una verdadera organización social, un cúmulo de decisiones, unos hechos históricos precisos y una herencia, al fin, se fue superponiendo a ese espacio. El paisaje es el resultado visual de esa conjunción, histórica y actual, de la actuación humana y el medio natural. Las huellas inscritas en esa epidermis demuestran los avatares del hombre sobre la misma. El aumento en el número de habitantes pudo desencadenar una presión sobre la tierra: roturaciones marginales, intensificación de los sistemas de cultivo, mejora tecnológica. La propia naturaleza se comportó, ocasionalmente, de manera violenta: inundaciones, sequías, heladas, intensos calores, etc. Las intervenciones del hombre pudieron influir, decisivamente, en algunos aspectos de la estructura agraria y sistemas de aprovechamiento: propiedad, explotaciones, ocupación del suelo, asentamiento poblacional, etc.

Son muchos los temas de interés que suscita esta escueta presentación de la génesis del paisaje rural. Es del todo necesario aplicar las pautas del método científico en el subsiguiente trabajo de investigación con el fin de garantizar la validez de resultados y hacerlos compa-

rables con otros de similar condición. No es el momento de hacer una exposición exhaustiva del desarrollo histórico de las metodologías científicas ni, por otra parte, soy la persona adecuada para ello. Creo que una buena referencia la podemos encontrar en la síntesis llevada a cabo por M. Bunge (1987), que resume en cinco etapas sucesivas el proceso del conocimiento científico: Planteamiento del problema, Construcción de un modelo teórico, Deducción de consecuencias particulares, Prueba de las hipótesis, Introducción de las conclusiones en la teoría. El interés creciente por la operatividad de los resultados de los estudios sobre el paisaje explica los intentos de formulación teórica de un proceso metodológico que incluya, de una manera explícita, fases íntimamente relacionadas con la toma de decisiones y seguimiento de los impactos y afecciones inherentes a la misma. En esta línea de trabajo cabe citar los trabajos A. Ramos (1979), D. Gómez Orea (1978), F. González Bernáldez S. (1981), S. González Alonso (1989) y la propuesta de María del Tura Bovet y Jordi Ribas (Bolos, M. de, 1992), cuyo ideograma se incluye a continuación:



Pero no es éste el camino por el que deseaba conducir mi disertación. A riesgo de perder altura, y el consiguiente grado de abstracción, voy a presentar un ejemplo concreto, experimentado, del que más tarde podremos sacar conclusiones: se trata del estudio del paisaje rural, como antes les anuncié, con él se pretende que, en nuestro caso, alumnos y profesores, activen conceptos e ideas teóricas y generales, adquieran destrezas, despierten actitudes positivas, mejoren en la buena expresión visual y literaria y, en suma, aviven el espíritu crítico a través de la formulación de preguntas y cuestiones inteligentes. En el ideograma que sigue se especifican las acciones claves del método:



El primero de los problemas suscitados se centra en un aspecto morfológico: la arquitectura del paisaje rural. Es decir el juego de formas, texturas, líneas y colores que la mente humana percibe cuando fija su atención en el paisaje. La observación atenta ayudará a discernir ese armazón básico y la descripción se convierte en el recurso idóneo para sintetizar lo aprehendido. El estudioso comparará los resultados de la propia percepción llevada a cabo sobre el terreno y la que pudo haber tenido a partir de las fuentes de información manejadas en laboratorio; la hipótesis de trabajo podría plantearse acerca del valor complementario de ambos procedimientos perceptuales.

La segunda cuestión hace referencia a los factores del paisaje rural. De una buena descripción derivan, inevitablemente muchas preguntas; «La palabra une la huella visible con la cara invisible», dice Italo Calvino. ¿Qué relaciones geográficas se esconden detrás de la manifestación del paisaje? Las estrechas conexiones entre el ámbito de la decisión humana y ese dibujo magistral que cubre la superficie de la tierra deben ser conocidas. Quizás una buena hipótesis de trabajo sea la influencia no determinante de las fuerzas de la naturaleza en la génesis del paisaje rural.

La tercera pregunta planteada desciende a un tema más preciso que engloba, al mismo tiempo, las dos cuestiones referidas antes. En efecto, la ocupación del suelo es el componente visible más cualificado del sistema agrario. El complejo mundo de relaciones y decisiones sobre los tipos de cultivos y su sucesión en el tiempo constituyen la base del sistema agrario: ¿cómo aprovecha el hombre la potencialidad inherente al medio?, ¿qué opciones se tomaron y se toman respecto a la aplicación tecnológica? La hipótesis de trabajo que, en este caso, sugerimos puede concretarse de la siguiente manera: la dinámica reciente de los sistemas de cultivo ha conducido a una bipolarización del paisaje en el que contrastan los efectos de la intensificación acusada a los del abandono.

Por último, la cuarta pregunta alude a un aspecto fundamental: la explotación agraria. Es la auténtica célula que anima la actividad en el campo. En ella se toman decisiones y experimentan los cambios fundamentales en orden técnico y económico que luego repercuten en el propio paisaje. Los intereses, en este caso, están más en orden al funcionamiento económico que a la caracterización puramente formal. Por eso, deberán tenerse en cuenta los marcos regionales, nacionales e internacionales en los que se inserta la actividad productiva de la explotación agraria estudiada. Se plantea como hipótesis de trabajo la dudosa viabilidad económica de la mayor parte de las explotaciones agrarias.

Cada una de las cuestiones suscitadas exige, por lo tanto, una formulación precisa, su referenciación a un marco hipotético derivado del propio conocimiento teórico, la búsqueda de información, su tratamiento y expresión de resultados y, por último, la contemplación de las conclusiones alcanzadas dentro de un horizonte general.

Por otro lado, a lo largo del trabajo se han puesto de manifiesto dos hechos de relevante interés: el protagonismo decisivo que detenta el estudioso y la utilización posible de modernos medios técnicos. Entre estos últimos cabe citar tres: la teledetección, los Sistemas de Información Geográfica y la cartografía temática.

La información territorial obtenida desde los sensores a bordo de plataformas aerotransportadas y satélites artificiales constituye hoy un recurso de inevitable utilización. Tanto la presentación analógica, —en forma de imágenes fotográficas— como la digital son susceptibles de tratamiento; se requieren unos conocimientos mínimos sobre los principios físicos de obtención de los datos y la correspondiente destreza en el manejo de los mismos. Las aplicaciones son múltiples y muy interesantes en orden al conocimiento del paisaje (Sancho Comíns, J, 1985, 1986 y 1992).

Los Sistemas de Información Geográfica y la Cartografía Temática son otras dos herramientas de indudable valor. En el seno de los primeros se lleva a cabo el análisis integrado de aquellos elementos que se estima son decisivos para la comprensión del paisaje; su referenciación localizada hace posible la detección automática de relaciones y la confección de mapas sintéticos, aspectos, ambos, notablemente complejos. La operatividad de estos medios en el tema que nos ocupa está plenamente probada (Moreno Sanz, F. 1992 y Sancho Comíns, J. 1992 y 1993). El mapa, por último, utiliza un lenguaje propio, puede que el más adecuado a la ciencia del paisaje —la geografía—, aunque también se puede decir de él lo que Paul Valery afirmaba del lenguaje escrito: «es todo lo contrario a un instrumento de precisión»; la imagen cartográfica tiene levedad y peso y está abierta al diálogo y la reflexión. Deberá extremarse el cuidado del buen hacer, la correcta utilización de la sintaxis visual y evitar el abuso de este tipo de imágenes. Sería doloroso ver infectada la cartografía temática de lo que se ha dado en llamar la «peste del lenguaje».

III. El paisaje como recurso docente

Creo que ya es tiempo de esbozar unas conclusiones y, en la medida de lo posible, descender a detalles concretos en el plano educativo.

Los grupos humanos avanzan en la historia unidos, inseparablemente, a las huellas que dejan en el espacio donde viven. Por eso, mirar un paisaje ayuda a conocer al pueblo que lo habita. El hombre, en suma, forma parte del paisaje. No es ésta una realidad ajena que hay que preservar, ni mucho menos el contrapunto a la acción depredadora y destructora del hombre. En la estructura íntima, originaria, del paisaje reside el hombre como un agente modelador. Sus aciertos y desaciertos quedan registrados inevitablemente y del modo más evidente en la misma imagen del paisaje. No puede extrañar, pues, que nuestra conclusión se detenga brevemente en la valoración docente del paisaje.

Sobre la actualidad del interés por el paisaje ya hemos hablado. Desde los postulados ambientalistas se insiste en la «concienciación» del papel del hombre como agente que lo transforma y de su responsabilidad en la preservación de daños y diseño de medidas regeneradoras. Este deliberado despertar de la «conciencia ambiental y paisajística» entraña valores que, en manera alguna, pueden ignorarse: el hombre se vuelve crítico con el entorno, pierde indiferencia y se siente implicado en las posibles soluciones a problemas determinados.

Creo, no obstante, que debemos dar un paso más. No es suficiente estar preocupados por las agresiones de orden paisajístico, ni participar activamente en acciones que conduzcan a solucionarlas. Eso, con ser bueno, no basta. Debemos dialogar con el paisaje, sonsacarle la carga de humanidad que tiene, desvelar lo nuclear y profundo desde su propio lenguaje, buscar la propia identidad del hombre sellada en sus entrañas. Sólo así nuestros alumnos, y la sociedad en general, serán conscientes de la cercanía de un elemento de referencia constante, donde se refleja su propio quehacer y en el que resuenan voces de agradecimiento, unas veces, y de queja, otras.

En el plano estrictamente educativo, dentro de la actual Reforma, no me atrevo a dar orientaciones muy precisas. Como ustedes saben, las nuevas directrices son flexibles, prescribiendo tan sólo un marco general donde debe desenvolverse las decisiones concretas del educador. El estudio del medio cercano al educando ya fue incorporado en anteriores planes, siendo probada su bondad y validada la motivación que despierta en los estudiantes. El paisaje, por lo tanto, es susceptible ahora de ser estudiado dentro de la educación normalizada o reglada, tanto en el ámbito de las ciencias de la naturaleza, como en el de las ciencias sociales. Y ésta es una de las primeras consecuencias: su estudio debe ser abordado desde la colaboración multidisciplinar.

Una segunda cuestión, que no me parece vana, es la adecuación de objetivos según la edad de los estudiantes. La Reforma parece diferen-

ciar una aproximación más vivencial y globalizadora en la enseñanza primaria de otra más especializada y analítica en la secundaria. Los profesores que desarrollan su trabajo en estos niveles educativos conocen mucho mejor que el que suscribe los matices de aplicación de estas indicaciones; no obstante, me permito insistir, y con ello termino, en el valor de síntesis que todo estudio del paisaje comporta; su desarticulación en segmentos o partes sólo adquiere sentido como medio, como procedimiento, no como fin en sí mismo. No podemos despreciar, en suma, la mayor de las riquezas del paisaje como recurso docente: ser expresión misma del complejo de relaciones, físicas y humanas, que se da en esta superficie terrestre que habitamos.

Dirección del autor: José Sancho Comíns, Departamento de Geografía, Facultad de Filosofía, Universidad de Alcalá, Calle Colegios, 2. 28801 Alcalá de Henares (Madrid)

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 15.III.1994.

BIBLIOGRAFÍA

- BERTRAND, G. (1979). *Ecologie de l'espace géographique. Recherche pour une Science du Paysage*. p. 195-205. *C.R. Société de Biogéographie*, n.º 406.
- BOLÓS, M. de (1992). *Manual de Ciencia del Paisaje. Teoría, métodos y aplicaciones*. 273 pp, (Barcelona, Masson).
- BUNGE, M. (1987). *La ciencia, su método y su filosofía*. (Buenos Aires, Ed. Siglo Veinte).
- CALVINO, I. (1992). *Seis propuestas para el próximo milenio*. 144 pp, (Madrid, Ed. Siruela).
- COMISIÓN DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS (1985). *Perspectives de la Politique Agricole Commune*, 59 pp, (Comisión de la CE, Bruselas-Luxemburgo).
- COROMINAS, J. (1974). *Diccionario crítico etimológico*. 4 vols, (Madrid. Ed. Gredos).
- GÓMEZ OREA, D. (1978). El medio físico y la planificación. 144 pp, *Cuadernos del CIFCA*, n.º 10, Madrid.
- GONZÁLEZ ALONSO, S. (1989). *Guías metodológicas para la elaboración de estudios de impacto ambiental. Grandes presas*. (Madrid, Dirección General de Medio Ambiente (MOPU).
- GONZÁLEZ BERNÁLDEZ, F. (1981). *Ecología y paisaje*. (Madrid, Ed. Blume, 250 pp).
- HUMBOLDT, A. VON (1874). *El Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. 4 vols. (Madrid, Imprenta Gaspar y Roig).
- MIRANDA, M.A. (1977). *El Cosmos de Humboldt*. 49 pp., *Revista Geocrítica*, n.º 11, (Barcelona).

- MORENO SANZ, F.; SANCHO COMÍNS, J. Y GARCÍA-ABAD ALONSO, J. El paisaje rural a vista de satélite: propuesta de trabajo práctico en el suroeste de la Comunidad de Madrid (1993). *Serie Geográfica*, n.º 2, pp. 113-121 (Departamento de Geografía y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares).
- RAMOS, A. (1979). *Planificación física y ecología. Modelos y métodos*. 216 pp, (Madrid, Ed. Magisterio Español).
- SANCHO COMÍNS, J.; BOSQUE SENDRA, J. Y MORENO SANZ, F. (1992). *Les mutations du paysage agraire dans les régions méditerranéennes. Morata de Tajuña: un exemple dans la région du SE de Madrid. Colloque sur «Les mutations des espaces et des méthodes de recherche en milieu rural»*. Caen (Francia), 17-18 de septiembre 1992.
- SANCHO COMÍNS, J.; BOSQUE SENDRA, J. Y MORENO SANZ, F. (1993). *Crisis and permanence of the traditional landscape mediterranean, in the central region of Spain*. *Landscape and Urban Planning*, n.º 23, pp. 155-166, (Amsterdam, Elsevier Science Publishers B.V.)
- SANCHO COMÍNS, J.; BOSQUE SENDRA, J. Y MORENO SANZ, F. (1993). *La dinámica del paisaje: aplicaciones de un SIG raster al ejemplo de Arganda del Rey en las Vegas de Madrid*. (1993). *Revista Catastro*, pp. 35-51. Agencia del Centro de Gestión Catastral y Cooperación Tributaria, M.º de Economía y Hacienda.
- SANCHO COMÍNS, J. Y CHUVIECO SALINERO, E. (1992). *Iberoamérica desde el espacio*. 304 pp. (Madrid, Sociedad Estatal V Centenario, IGN, Lunwerg y Departamento de Geografía de la Universidad de Alcalá)..
- SANCHO COMÍNS, J. Y CHUVIECO SALINERO, E. (1986). *Castellón desde el espacio*. 86 pp, (Castellón, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Castellón).
- SANCHO COMÍNS, J. Y CHUVIECO SALINERO, E. (1985). Tratamiento visual y digital en las imágenes espaciales: aplicaciones docentes, *Didáctica Geográfica*, n.º 14, pp. 17-28.
- TERÁN, M. de (1967). *La tierra*. Tomo I, (Barcelona, Ed. Salvat).
- TROLL, C. (1973). La Geoecología y la diferenciación a escala planetaria de los ecosistemas de alta montaña (*versión castellana de J. J. Sanz Donaire*), *Geographica*, año XV, 2.ª época pp. 143-157.

SUMMARY: THE MAN IN THE LANDSCAPE

The objective of this paper is to reflect on the study of landscape as a teaching resource for the full education of the student. It starts with the concept of landscape taking the historical perspective as a method to reconstruct the origin of the contents that integrate its study. Secondly, techniques and methods used in the analysis of landscape are presented. We suggest a method based on the investigation as the most appropriate at the education stage. Finally, the reform of the secondary education *curricula* makes easier an original application of this subject, that can be approached from several scientific areas.

KEY WORDS: Geography, landscape, methodology, secondary education